

PASIÓN A LA MADRILEÑA

Marisa Avogadro Thomé¹

Las hojas de papel blanco impecable se mecían con la suave brisa matinal. El sol iluminaba su rostro y el papel con la misma intensidad. En la mesa de madera lustrada tenía un cuadernillo donde se la veía escribir con pasión.

El café y ella compartían los orígenes. La calle Ventura de la Vega, llevaba el nombre de un escritor nacido en el Río de la Plata y María también era argentina. El barrio era el Barrio de las Letras y ella era escritora. ¿Era una mañana plena de coincidencias?

Desde su llegada a Madrid, todos los días desayunaba en el mismo lugar. Llegaba a la Estación Atocha y de allí caminaba a paso firme unas veinte cuadras, hasta llegar a la confitería de siempre.

El aroma a café colombiano fuerte, penetrante, que servían en ese lugar, la cautivaba. Sólo unas gotas de leche y dos cucharaditas de azúcar. Un sorbo, la retornaba a su estancia en Centroamérica. Los sones africanos, los colores vívidos y el espíritu alegre. Esa alegría que la acompañaba de forma permanente. Tenía la capacidad de ver siempre el lado positivo de las cosas. Eso seguramente era lo que le había permitido superar las pruebas cotidianas de la vida.

Un sorbo más de café caliente y su espíritu tomaba fuerzas y el lápiz se deslizaba con elegancia, una palabra tras otra, hasta completar una rima.

Ese era un lugar mágico para ella, una calle de sabor. Allí se daban cita las comidas españolas, mediterráneas, mexicanas, argentinas. Lugares que conocía, en los que había vivido y de los cuales tenía un reconfortante recuerdo. De día y de noche, ese sitio era un lugar de encuentro. Libros, autores, editores, turistas, artistas, lugareños.

En Madrid realmente se sentía como en su casa. Se confundía con el paisaje. Alta, delgada, de profundos ojos almendrados, ojos de mora y su cabello rojo mora que brillaba con el sol de la primavera. Su vestido negro ceñido al cuerpo, aros grandes hechos con monedas, que hacían juego con su gracia al moverse.

Todo el barrio era una fuente de inspiración para sus libros. Custodiado por centros de arte y de cultura, paseaba por el Museo del Prado, el Centro de Arte de la

Reina. Calle de sabores, de libros, de pinturas. Todo era un motivo para tener a flor de piel la necesidad permanente de expresarse con letras. Caminar por sus calles pensando que en otro siglo era Lope de Vega, Quevedo, quienes recorrían las sendas.

Su secreto era su mundo interno. María llegaba al café y al instante parecía sumergirse en una máquina del tiempo. Imaginaba diálogos de los escritores. Muchachas caminando y viendo. Algún sonido de la bocina de un conductor apurado la traía nuevamente a la rutina. Un sorbo más de café colombiano caliente. Estaba pensando en lo que le habían contado esa mañana: en que la primera edición de *Don Quijote de la Mancha*, fue hecha en el Barrio de las Letras. Seguía absorta en su pensamiento, mientras se llevaba a la boca una galleta. Su dulzor y el sabor a especias, la transportaban a regiones de canela, coco y madre selvas.

De pronto, fue tan sólo una mirada que cruzó el aire del lugar, en sentido diagonal, desde la primera mesa en donde estaba él sentado, hasta la última, que ocupaba ella. Tantas mañanas estuvo en el mismo lugar y no lo había visto nunca. Fue una agradable sorpresa.

El esperó unos momentos y luego esbozó una cálida sonrisa cómplice, seguida de un hola a la distancia. Ello lo miró fugazmente y respondió asintiendo con su cabeza.

Inmediatamente María pensó en el eje del arte, en las coincidencias. En el entrecruzamiento de las vías y de las vidas. En la afirmación que siempre la guiaba, todo comunica. Y en una pequeña luz de esperanza que la había traído hasta ese lugar del planeta, la cual era darle un giro a su vida, de una manera completa.

La mañana estaba como detenida. Con sorpresa observaba como el caballero se había parado y caminaba en su dirección. Se veía alto, moreno, con su piel color canela con trozos de fresa fresca. Impecablemente vestido en un traje azul oscuro y camisa color arena de seda. La saludó amablemente con un hola y le preguntó si podía sentarse y conversar con ella. María, dubitativa, pensó por un momento quién sería ese desconocido que de forma tan natural llegó a su mesa; y luego decidió acceder y le señaló la silla ubicada frente a ella. Tuvo que correr rápidamente los papeles, que como mantel de hojas de arroz cubrían la mesa. Le explicó que formaban parte de su trabajo diario y las juntó en un costado, sobre un cuaderno.

El se sentó y para entrar en conversación, le preguntó que cuál era su trabajo, ya que veía varias hojas escritas sobre la mesa. Ella respondió soy escritora, en el Barrio de las Letras. Grata sorpresa para él, sevillano, que tenía una imprenta.

Más tarde, compartieron un café colombiano, pleno de sabores mezclados y de encuentro. Al finalizar, Francisco que así se llamaba el desconocido, le comentó a María que acostumbraba a viajar a Madrid para hacer compras y que le gustaba caminar por la calle Ventura de la Vega, admirando tanto arte y tanta belleza. Ella le contó que acostumbraba a venir a desayunar a esa confitería y como el lugar la inspiraba, fluían por sus dedos cuentos y poesías.

Evidentemente ambos compartían varios gustos: el de los libros, los autores y el café en este barrio, que guardaba la historia y la cultura de la tierra.

Demasiadas coincidencias como para terminar ahí el encuentro se decían en silencio. Francisco pensaba cómo pedirle el número de su teléfono celular, para volver a verla. María intentaba encontrar una excusa, para ayudar al destino y que se reunieran.

Casi al unísono ambos dijeron:- ¿cómo podríamos comunicarnos? María le explicó que le interesaba conocer el costo de impresión de un breve poemario que tenía preparado, donde reunía poesías dedicadas a sus dos amores: España y México. Francisco rápidamente le respondió que le dejaba el número de su móvil; sobre todo, porque desearía compartir otro café, cuando regresase nuevamente a comprar en la ciudad.

Los encuentros se hicieron frecuentes. Cada quince días, en el lugar de siempre, con el aroma penetrante del café colombiano oscuro, intenso, que se mezclaba con el aroma de las flores frescas sobre la mesa.

Después de unos meses, Francisco cambió de planes. Cuando terminaron el café, le preguntó a María si quería cenar con él esa noche. Ella asintió y quedaron en juntarse para la cena en la calle de los sabores. Así la llamaban ellos, a la calle donde a la hora de comer se mezclaban los aromas picantes de México; los rojos, verdes y violetas. María llegaba a imaginar en la calle sabor, los aromas de su entrañable México y su harina de maíz fundida en tortillas de queso. El azafrán del típico arroz español, los mariscos. El olor del asado argentino y la suavidad de un postre peruano, como el suspiro limeño.

De noche, se decidieron por una comida diferente. Eligieron una que mezclaba el sabor dulce y picante del jengibre y los pétalos de rosas rosadas con salsa thai; todos, mezclados con el perfume a flores de azahares y jazmines que llevaba ella. De postre, una infaltable porción de fresas con crema, que se fundían con toques de chocolate e impaciencia.

Como salida de un cuento, la atmósfera se teñía de ilusión y la voz de ella traslucía alegría. La conversación se extendió por horas. Los ojos de Francisco se posaban en los suyos, inquisidores, como queriendo conocer sus secretos. También ellos tenían un brillo especial, cada vez que la miraban y no lo podía disimular. Eran negros de noche, con cejas marcadas y misterio.

En el cielo azul profundo, el cuarto de luna se observaba pleno. Grande, brillante, eterno. Principio y fin. Viento y agua. Remolino de pasión de una noche.

Hoy la despedida sabría diferente. El día resultó corto y las vivencias más profundas. El aire estaba cargado de preguntas sin respuestas. Desandando camino, atrás quedaba la calle del encuentro. La de todos los días, de cemento tieso. Del empedrado impecable, de amor y de deseos. Hoy María veía las sombrillas blancas del café más grandes, más bellas. Hoy Francisco ansiaba que el camino a la estación de trenes fuese más lejos.

Mientras daban pasos, se detenían a mirar antigüedades, bronces y cobres del mil novecientos. Una fuente de aguas cantarinas les ofrecía una canción. Un ramillete de rosas se inclinaba al ver tanta pasión. Un encuentro entre una escritora y un impresor.

Esa noche la despedida era más difícil. Cualquier libro que se ofrecía desde una mesa, era motivo de consulta. Sólo se trataba de retrasar la despedida. Como adolescentes, ambos querían que no terminara el día. Pensaban en el negro de la noche, de confidencias y madre selvas. Pensaban en las noches de los poetas y las fiestas. Era el barrio del arte, de la cultura, de la gente; donde se daban cita enamorados, bohemios y silentes.

Llegaron finalmente. Fue tan sólo una mirada. Luego, se escuchó el sonido de la llegada del tren. Él esperaba en el andén. Al detenerse, se subió rápido. Ella, quedó con la mirada fija a la ventanilla que tenía enfrente. Sentía frío por su rostro, como si tocara con él, el vidrio. El mismo frío de los cubos de hielo sobre el vodka

con gotas de naranja que endulzaron su primera cena; sólo que ahora, era una agridulce despedida.

Esta mañana María caminaba apresuradamente, una cuadra tras otra. En pocos minutos ya tenía recorría la mitad del trayecto. Pasaba uno a uno los museos. Los mesones con los libros que se ofrecían desde las veredas. Un adorno de cobre que brillaba a la luz del sol. Un mueble antiguo que la hacía recordar los de la habitación de su abuela.

Ya había dejado atrás su lugar de siempre, donde en las mañanas bebía el sabor intenso del café colombiano y sus recuerdos. Se apreciaba que algún tema la tenía ocupada.

Vestida con un pantalón de jean y una camisa blanca de seda que marcaba su figura, llevaba un collar de cuentas color naranja, su color favorito, el de la vitalidad, la energía. Sus rizados cabellos rojo mora al viento, se movían con la misma gracia que su cuerpo. De su brazo derecho colgaba un bolso de cuero, color azafrán, que llevaba lleno.

A la distancia divisaba los techos de vidrio con forma abovedada de la estación de trenes, que se erguía imponente, con su frente de color rosa, soportando los embates del tiempo. Tanta historia, tantos sucesos, tanta gente.

Caminaba entre las personas, con la mirada fija hacia adelante. Rápidamente volvió sus ojos al papel blanco que sostenía en su mano derecha, mientras repetía en voz baja -: andén 8, vagón 2, primera puerta.

Cerró los ojos y sintió el último beso, con mezcla de chocolate y pimienta. Súbitamente, al abrirlos, recordó que fue el primer beso, de hace diez años, cuando esa noche fue el comienzo. Comienzo de una pasión a la madrileña, en la Estación Atocha, antes de tomar el *Tren de la Fresa*.

¹ Periodista – Escritora

e-mail: marisaavogadro@uolsinectis.com.ar